
ROMANCE HISTÓRICO
H
Sharon Schulze
El honor de una Dama
Harlequin Internacional®

Sharon Schulze

El honor de una Dama



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Hermosilla, 21
28001 Madrid

© 2006 Sharon M. Schulze. Todos los derechos reservados.
EL HONOR DE UNA DAMA, Nº 373 - 1.12.06
Título original: For My Lady's Honor
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, Harlequin Internacional y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N. 13: 978-84-671-8188-3
Editor responsable: Luis Pugni

Uno

Marches galeses, 1222

Lady Alys Delamare deslizó la cabeza fuera de la manta y recibió con alivio la claridad del cielo azul. Tras una noche sin pegar ojo, en la que apenas se atrevió a moverse por miedo a que su escolta notara que no dormía, estaba deseando salir de la cama y verse una vez más en camino.

Un día más en ruta significaba otro día en compañía del siempre fastidioso sir Padrig ap Huw. Aunque también significaba otro día menos para decirle adiós.

Era una lástima que aquella voz insistente que tenía dentro de la cabeza le recordara que una parte oculta de ella disfrutaba del modo de ser seductor de Padrig, y se doliera de su inevitable partida.

Ella tenía planes para su vida, planes que no incluían a ningún joven caballero… Por muy atractivo que le resultara.

Alys miró de reojo el camastro de Padrig. Estaba vacío. ¡Por la Virgen, habría jurado que había escuchado cada movimiento que él había hecho en el suelo durante la noche! ¿Cómo se las había arreglado para levantarse sin que ella se diera cuenta?

Pero se trataba de un guerrero experimentado. ¿Quién sabía de lo que era capaz aquel hombre?

Alys salió de la cama y se puso de pie, estirando sus arrugadas enaguas de lino y bailando un poco para acomodar la tela. Dejó la combinación y las botas en el suelo, donde estaban, y rodeó la figura de Marie, su doncella, que seguía roncando.

Una vez sola, Alys se concentró en la belleza de la mañana. Una gruesa capa de hierba cubría el claro, y la sentía suave y fresca bajo los pies desnudos. Aquella sensación provocó en ella un estremecimiento de placer. No recordaba cuándo fue la última vez que tuvo la oportunidad de sentir la tierra contra la piel.

Con una sonrisa en los labios, Alys salió del

claro y, siguiendo un estrecho sendero entre los árboles, entró en el bosque.

Tenía el cabello revuelto y recogido en una cola baja. Se lo soltó. El fresco aroma de los pinos se añadía a su conciencia del mundo que la rodeaba y de sí misma. Se sentía viva, consciente de su cuerpo de un modo nuevo y extraño.

Con los sentidos en alerta, Alys escuchó el chapoteo del agua. Siguiendo aquel sonido, recorrió a buen paso el sendero hasta que llegó a una pequeña poza rodeada de árboles y rocas.

Una poza ocupada por un hombre desnudo.

Le estaba dando la espalda. El agua apenas le cubría las nalgas. Las gotas brillaban sobre su piel bronceada, marcándole los contornos de los poderosos brazos y la ancha espalda. El hombre se pasó las manos por el cabello mojado, permitiendo que las ondas oscuras le cayeran sobre los hombros.

Aquel cabello era inconfundible. Se trataba de Padrig.

¡Que la Virgen María la asistiera! Siempre le había parecido guapo, pero nunca se había imaginado que tuviera aquel aspecto.

Con la boca seca y la mirada clavada en

Padrig, Alys se acercó más al borde de la poza. No quería terminar con aquella deliciosa escena llamando su atención.

Él estiró los brazos por encima de la cabeza. Los músculos de la espalda y los hombros se le flexionaron, centrando la atención de Alys en los oscuros recovecos de sus hombros y de los antebrazos.

Aquellos músculos parecían esculpidos en la piel. Alys nunca había visto nada parecido. ¿Cómo era posible?

Padrig comenzó a alejarse lentamente de ella y se dirigió al otro extremo de la poza. Fascinada ante aquella visión, Alys sabía que debía hacer algo para advertirle de su presencia, pero se retiró hacia el bosque en silencio para saborear aquel inesperado placer todo el tiempo que fuera posible.

Los labios de Padrig se curvaron en una sonrisa mientras Alys permanecía escondida al otro lado de la poza. Su exclamación de asombro cuando lo vio hubiera delatado su presencia aunque no la hubiera oído moviéndose entre los árboles del camino. Padrig debería haber hablado, o hundirse en el agua cuando supo que estaba allí, pero no pudo resistir la tentación de provocarla.

¿Hasta dónde podría llegar, se preguntó, antes de que ella hiciera algo para hacerle ver que estaba allí?

Padrig estiró los brazos hacia el cielo, alejándose de Alys en dirección al otro extremo de la poza. Tuvo que luchar contra la tentación de darse la vuelta para observar la expresión de su rostro mientras lo miraba. Podía sentir sus ojos clavados en él. La intensidad de su mirada era como una caricia real sobre la piel.

Una caricia que estaba provocando en él una reacción demasiado real. Tal vez sería mejor que se introdujera más en el agua. No necesitaba que ella saliera corriendo despavorida hacia el campamento y despertara con sus gritos a la doncella y a sus hombres.

Pero, ¿y si Alys no reaccionaba así? Tal vez en aquel momento estuviera incluso quitándose la ropa para reunirse con él en el agua…

Padrig cerró un instante los ojos para deleitarse con aquella imagen. Pero enseguida se forzó a pensar en cuál sería la reacción de lord Rannulf si Padrig se aprovechara de aquel modo de una dama que estaba a su cuidado.

Cielos, ¿acaso había perdido el juicio? Lady Alys pertenecía a la nobleza. Y además era virgen, de eso no tenía ninguna duda.

Si Lord Rannulf no le cortaba la cabeza por semejante insolencia —u otra parte de su anatomía, pensó con una mueca burlona—, lo haría sin duda el padre de la dama si él se atrevía a robarle la inocencia.

¡Bah! Como si lady Alys tuviera algún interés en él…

Aunque aquel silencio prolongado le hacía preguntarse qué estaría maquinando.

Incapaz de resistirse a una última provocación, Padrig dio un paso atrás hasta que el agua le cubrió justo por encima de las caderas. Entonces se giró.

—¿Puedo ayudaros en algo, milady? —preguntó sin alterar la voz.

Aunque le resultaba difícil mantener un tono neutral cuando tenía a Alys delante. El mero hecho de contemplar su cabello revuelto y el modo en que la suave tela de las enaguas de lino se ajustaba a su silueta provocó en su cuerpo una rebelión instantánea a pesar de su ejercicio de voluntad. La expresión de su rostro, suave y curiosa, con la mirada intensa resbalando sobre su cuerpo, resultaba imposible de ignorar. A pesar de los esfuerzos, Padrig no pudo reprimir una respuesta igual de caliente.

Se metió de golpe en el agua para no hacer

ostentación de su reacción. No deseaba avergonzase ni avergonzarla a ella.

Alys se humedeció los labios con la lengua y alzó la mano para pasársela por el cabello castaño. Tenía las mejillas sonrojadas.

—No, señor —respondió manteniéndole la mirada en gesto desafiante—. Sólo sentía curiosidad. Deseaba explorar un poco antes de volver a ponernos en camino.

—¿Y habéis satisfecho vuestra curiosidad, milady? —le preguntó él.

Alys sonrió levemente.

—Todavía no, sir Padrig —dijo acercándose al borde del agua—. Pero tengo la impresión de que si soy paciente, la satisfaré.

Padrig suspiró con fuerza y se recordó a sí mismo que era una doncella inocente que no se daba cuenta de cómo podían interpretarse sus palabras y sus actos. Aunque hizo un esfuerzo por enfriarse, su cuerpo no quiso obedecerle. Era un milagro que el agua que tenía alrededor no hubiera empezado a hervir debido al calor que desprendía su cuerpo.

¿Cómo podía hacer que se fuera ella de allí?

—Dicen que la paciencia es una virtud, milady. Y no tengo ninguna duda de que vos sois una dama virtuosa.

—También se dice que la virtud es una recompensa en sí misma —señaló Alys pisando con los pies descalzos el borde rocoso de la poza—. Aunque yo no estoy muy convencida de que eso sea cierto. ¿Os habéis dado cuenta de que la gente más virtuosa suele parecer la más infeliz?

Sí, no podía estar en desacuerdo con aquello. Padrig cerró los ojos durante un instante mientras los recuerdos lo asaltaban. Su propia madre, Dios la tuviera en su gloria, había sido una mujer intensamente virtuosa. Y sin embargo, su vida había sido una constante de desgracia, desilusión y dolor. Nada ni nadie se acercaba nunca al listón que ella había colocado. Padrig había dejado de intentarlo cuando alcanzó la edad de la razón y se dio cuenta de que era imposible. Sólo gracias a Dios y a la ayuda de su prima, lady Catrin, había conseguido escapar de aquel tormento.

Padrig se había preguntado muchas veces desde que murió su madre si habría fallecido sencillamente de frustración al ver que el mundo no alcanzaba su modelo de perfección.

Mientras él se perdía unos instantes entre las sombras del pasado, lady Alys había rodeado la poza. Con la falda de las enaguas col-

gándole por debajo de las rodillas, se abrió camino entre las aguas poco profundas. Tenía el rostro iluminado y los labios curvados en una sonrisa triunfal que le aceleró el corazón.

—¿Qué estáis haciendo? —inquirió él.

Por el Cielo que deseaba en aquel momento estar vestido. Se sentía en desventaja, atrapado allí en el agua mientras lady Alys, sin saberlo, lo tentaba más allá de lo que debería estar permitido. La tela de sus enaguas se le ajustaba cuando se mojaba, marcándole las curvas y provocando que a Padrig se le calentara todavía más la sangre en las venas.

Con la boca seca y la mente nublada, buscó en vano las palabras adecuadas para salir de aquella situación. En su inocente semidesnudez, lady Alys era la seducción personificada. Ahora que la había visto de aquella guisa, dudaba mucho que pudiera volver a tratarla con la deferencia que merecía una dama de su condición.

—El agua resulta tranquilizadora —dijo ella sin contestar a su pregunta.

¿Tranquilizadora? ¿Estaba loca?

Padrig aspiró con fuerza el aire. No había nada de tranquilizador en aquella mirada. No, ni tampoco atisbo de inocencia, pensó.

El pulso se le había acelerado. ¡Maldita fuera aquella mujer! Habría jurado que era perfectamente consciente del efecto que estaba provocando en él.

Y maldito fuera él por encontrar aquella certeza tan excitante. Padrig dio un paso atrás en un intento inútil de esconder su cuerpo alterado.

—Lady Alys —dijo con voz que le sonó extraña a sus propios oídos.

—¿Sí, sir Padrig? —respondió ella con naturalidad mientras se acercaba—. ¿Qué deseáis de mí?

Él contuvo un gemido.

—Regresad al campamento —se limitó a decir.

El brillo de alegría de sus ojos se desvaneció y fue sustituido por la vergüenza. Se le tiñeron las mejillas de rosa y apartó la vista.

—Milady…

No había sido su intención avergonzarla, sólo detener su juego de provocación antes de que llegara demasiado lejos.

Con los hombros rígidos, lady Alys se giró sobre los talones, resbaló y, soltando un chillido, fue a parar a los brazos de Padrig.

Dos

Padrig la sujetó cuando cayó hacia atrás. Apenas rozó el agua. Una prueba más de sus facultades como caballero, sin duda. Fuera cual fuera la razón, Alys se alegró, porque a pesar de su jugueteo anterior no tenía ninguna intención de sumergirse por completo en la poza.

Padrig la atrajo hacia sí y la subió en brazos. Ella sofocó un grito al sentir su piel mojada, porque a pesar del agua helada y la suave brisa que soplaba alrededor de ellos, la piel de Padrig atravesaba el lino de su enagua como si la tela no existiera. Sus músculos, calientes, firmes y suavemente coronados de vello oscuro, y su pecho y su vientre se apretaron contra ella.

—Debería soltaros aquí mismo —murmuró

Padrig apartándola suavemente de sí—. Es lo que os merecéis.

—¡No os atreváis!

Alys se giró entre sus brazos y le echó las manos al cuello por miedo a que intentara cumplir su amenaza. Pero una rápida mirada a su rostro confirmó la sospecha de que no iba a hacerlo.

Aquel movimiento había acercado su rostro al suyo. La boca de Alys sentía el deseo de rozar la suya, de probar el contraste entre la dureza oscura de su barbilla y la suavidad de sus labios. Con la boca seca, tragó saliva y bajó los ojos antes de dejarse llevar por la tentación.

Pero debió haber desviado la vista en lugar de bajarla, porque lo que tenía delante suponía otra tentación.

Y no podía apartar la vista.

Tuvo que clavarle los dedos en los hombros para no acariciar aquella piel bronceada y suave que tenía al alcance de la mano. Aquello era una fiesta para los sentidos. Se sentía embriagada por su contacto, por el aroma fresco de su cuerpo mojado, el calor que irradiaba de él y que la envolvía como una capa. Parecía como si estuvieran atados por lazos invisibles. Alys alzó los ojos para mirarlo. Fue un error,

porque despedían un fuego a juego con el de su piel. No se atrevió a mantenerle la mirada, porque temía perder completamente la voluntad si lo hacía.

Cerró los ojos, sacudió la cabeza para aclarar sus confusos pensamientos y se apartó de él, experimentando al hacerlo una sensación de pérdida. Aquella sensación, aunque dolorosa, la devolvió a la realidad. Se apartó del todo y se zambulló en el agua.

Estaba helada. La cubrió por encima de la cabeza sólo durante un instante antes de que Padrig tirara de ella para sacarla, pero fue suficiente para aclararle la mente. Sintió una oleada de calor que se le subió al rostro al recordar lo que acababa de hacer.

¿En qué estaba pensando para provocarlo y jugar con él del modo en que lo había hecho?

Alys hizo pie, se levantó y se apartó el cabello mojado de la cara. Mientras avanzaba hacia la orilla, se atrevió a lanzarle una última mirada a Padrig.

Había ido tras ella, dejando atrás la protección del agua. Lo tenía delante, en la gloria de su desnudez. Y por la Virgen que era una imagen gloriosa. Completamente excitado, su cuerpo mojado brillaba bajo la luz de la mañana.

Alys consiguió sin saber cómo que sus pies se pusieran en marcha, que se alejaran de él en dirección al campamento.

Al contrario que en el trayecto de ida, esta vez no percibió nada de lo que tenía alrededor. Lo único que podía ver dentro de su cabeza era a Padrig, y su mente no podía dejar de repetirse una sola pregunta.

¿Cómo diablos iba a convertirse en monja después de aquello?

Padrig observó con sentimientos encontrados cómo Alys se apartaba tambaleando de él y seguía el sendero. No había duda de que aquello era lo mejor. Pero, por la Cruz, ¡cuánto deseaba que se hubiera quedado!

Sonrió. La lady Alys que había observado en L'eau Clair —aunque lo cierto era que tampoco la había visto mucho—, le parecía una doncella distraída, que apenas se daba cuenta de lo que la rodeaba. Aquella mañana lo había sorprendido, tanto con sus acciones como con sus palabras, porque había sido ocurrente, inteligente e irónica.

Se había percatado de su presencia en cuanto regresó a L'eau Clair, varias semanas atrás.

Era una muchacha atractiva, menuda pero con curvas, con el cabello castaño y ojos ámbar que contrastaban con su piel de alabastro. Había algo en ella que la hacía destacar entre las damas del castillo de lady Gillian, aunque no podía señalar de qué se trataba. Porque había algunas muy hermosas.

Y sin embargo, cuando había intentado hablar con ella en varias ocasiones, Alys se escurría sin apenas contestarle. Ni siquiera lo miraba.

Cuando preguntó por ella, Hugh, otro de los caballeros al servicio de lord Rannulf, le dijo que era una muchacha sin ingenio y despistada hasta el punto de que lady Gillian había renunciado a enseñarle nada. Los hombres parecían asustarla, así que ninguno había conseguido que cometiera la más mínima indiscreción, aunque no por falta de ganas, había añadido Hugh con una carcajada. Pero enseguida se hizo evidente que lady Alys parecía absorta en su propio universo, ignorante del mundo y la gente que la rodeaba.

No valía la pena tomarse molestias por ella.

Un día antes, Padrig hubiera estado de acuerdo con aquella información. Aunque a regañadientes, porque seguía sintiéndose atraído por ella.

Pero ahora… Ahora no podía evitar preguntarse quién era la verdadera lady Alys.

Padrig contuvo una carcajada. No tenía ninguna duda de cómo le gustaría a él que fuese.

Aunque, para hacer honor a la verdad, a él no debería importarle que fuera una mujer, un caballo o una carta que tuviera que entregar. Por lo que a él se refería, la única responsabilidad que tenía era hacérsela llegar sana y salva a su padre.

Nada más.

Nunca antes había sentido nada más que un sentimiento de protección hacia cualquier persona que se hubiera visto obligado a escoltar y proteger.

Y eso no había cambiado, se dijo con firmeza. Por muy excitante y dulce que resultara la provocación.

Padrig vadeó hacia el lado de la poza en el que había dejado la ropa y la espada, deleitándose al sentir la brisa en su piel húmeda. El cuerpo se le había empezado a enfriar ahora que lady Alys no estaba allí para tentarlo, aunque el deseo que había despertado continuaba vigente en la parte inferior de su vientre y le recorría las venas como si fueran brasas.

Haría bien en ignorar aquel deseo hasta que

desapareciera, en lugar de permitir que el contacto continuo con la dama provocara que volviera a despertarse. Un hombre de su posición no podía permitirse el lujo de dejarse llevar por las pasiones cuando se encontraba con una hermosa doncella.

Antes nunca había tenido problemas para mantenerse a sí mismo a raya, un hecho afortunado, porque, con demasiada frecuencia, las mujeres que le llamaban la atención estaban tan lejos de su alcance como la luna.

Lo mismo podía decirse de lady Alys. Estaba tan fuera de su alcance que cualquier atención por su parte se consideraría, como poco, un gesto arrogante.

Y si eran ciertas las sospechas que tenía respecto a la razón por la que su padre quería que regresara, entonces sería un completo idiota si se permitía tener el más mínimo interés.

Y no estaba dispuesto a convertirse en un imbécil. Padrig se metió la camisa en los bombachos, recogió la espada y la daga y se dirigió al camino que había seguido lady Alys entre los árboles. Todavía no había conocido a ninguna mujer a la que valiera la pena dedicarle más de un pensamiento.

Entonces, ¿por qué llevaba ya tanto tiempo pensando en ella?

El campamento estaba ya en movimiento cuando regresó. Algunos de sus hombres cargaban los caballos, otros estaban reunidos delante de las cenizas del fuego para comer algo.

No vio señal alguna de lady Alys, aunque su doncella estaba en el extremo del claro, con la expresión turbada mientras movía las manos agitadamente al tiempo que hablaba con alguien que estaba entre los matorrales.

Se trataba sin duda de su señora.

Se preguntó qué excusa habría dado Alys para aparecer empapada y a medio vestir. Padrig miró a sus hombres. ¿Se habría dado cuenta alguien de que lady Alys y él habían desaparecido del campamento al mismo tiempo, y que aunque habían regresado por separado, ambos lo habían hecho mojados?

Sintió que se le sonrojaban las mejillas, algo que no le ocurría desde que era muy joven. Por suerte, nadie podría imaginarse lo que habían estado haciendo. Nadie sería consciente de su falta de tacto por haber provocado

a lady Alys con sus palabras… Y con su desnudez.

Cielos, debía estar completamente loco para tratar a una dama de la nobleza de aquella manera.

Y desde luego nadie podría imaginarse que lady Alys hubiera hecho todo lo posible dentro de su inocencia para provocarlo. Incluso a él mismo le costaba trabajo creerlo.

Padrig sacudió la cabeza para apartar de sí aquel sentimiento de culpabilidad. No habían hecho nada fuera de lugar. Lo que lo atormentaba era la sensación de haberse portado mal, nada más.

No, nadie esperaría semejante comportamiento de lady Alys. Y él sólo había mostrado un leve interés por ella. Sería más lógico que pensaran que ella se había caído a la poza y que Padrig había acudido a su rescate.

Padrig se acercó a su saco y sacó una camisa seca, dándoles la espalda a sus hombres al sentir que el rostro se le volvía a sonrojar, esta vez de rabia. ¿Por qué todo el mundo estaba dispuesto siempre a creer lo peor de uno, a tratarlo como si no tuviera cerebro?

Sintió un nudo en el estómago, provocado no por el hambre, sino por recordar con per-

fecta claridad lo que suponía ser el centro de atención, estar constantemente vigilado.

Y provocar las burlas y la mofa en los demás.

En su caso, la mayor parte del tiempo había sido una atención silenciosa, pero de todas formas él era perfectamente consciente. Notaba crecer el miedo mientras esperaba que su cuerpo lo traicionara, que lo dejara sin aliento y sin aire en los pulmones.

¿Cómo iba a luchar en la batalla, convertirse en guerrero sin saber de dónde le llegaría el siguiente golpe?

Había ganado sus espuelas a pesar de los obstáculos que le había interpuesto la enfermedad. Trabajó duro para volverse físicamente poderoso, para perfeccionar sus habilidades y poder desplegarlas contra sus adversarios. Con la fuerza de su cuerpo y de su voluntad, había conseguido demostrarles a los agoreros que se equivocaban.

Y había tenido la suficiente suerte como para superar la debilidad. O eso esperaba. Hacía ya varios años que la enfermedad no se había hecho fuerte en él.

Y le rogaba a Dios para que siguiera así muchos años.

Pero ya era suficiente. Aquellos pensamientos pertenecían al pasado, estaban profundamente enterrados en un lugar donde no podían asomarse para debilitarlo.

Padrig se había ido vistiendo y armando mientras estaba sumido en sus pensamientos. Una mirada al cielo azul le bastó para saber que ya era hora de ponerse en camino. Miró a su alrededor, al campamento, y se dio cuenta de que sus hombres habían terminado los preparativos y estaban dispuestos a partir.

¿Dónde estaba lady Alys?

Padrig cruzó hasta donde había visto por última vez a su sirvienta. Había un sendero apenas perceptible que salía desde los árboles. Los matorrales estaban inclinados allí donde las mujeres los habían pisado.

Padrig no tenía ninguna intención de ir tras ellas por el bosque. Prefería no imaginar el estado a medio vestir de lady Alys. Ya se sentía lo suficientemente incómodo por los acontecimientos de primera hora de la mañana. No tenía sentido ninguno empeorar las cosas.

Un murmullo de voces consiguió tranquilizarlo, pero enseguida se sintió invadido por la impaciencia. Echó a un lado algunas ramas y se acercó a los árboles. Aunque no demasiado.

—¡Milady! —gritó—. Ya hace tiempo que deberíamos estar en marcha. Salid ahora mismo. No creo que queráis que vaya a buscaros.

Padrig sonrió en cuanto pronunció aquellas palabras, porque la imagen que se despertó en su cabeza provocó que el pulso se le acelerara salvajemente, tal y como había ocurrido durante su encuentro en la poza.

Se escuchó el cercano sonido de unas ramas al crujir, pero él seguía sin ver a las mujeres.

—Enseguida estamos —gritó lady Alys—. ¿Sir Padrig?

—Sí.

Imaginaba que era él. Tras aspirar con fuerza el aire, Alys recogió la pluma de ave, la botellita de tinta y un pergamino pequeño, objetos que llevaba guardados en el saquito de cuero que siempre llevaba con ella y que se ató a la cadera. Luego estiró los hombros y avanzó por el casi invisible camino hasta que pudo ver la túnica azul oscuro de Padrig a través de la espesura de los arbustos. Ya no podía seguir ocultándose en el confortable seno del bosque, pensó. Y deseó estar en cualquier lugar que no fuera aquél.

Aunque tampoco había escondite para el ojo de su mente, reflexionó en silencio mientras se colocaba mejor el saquito en el cinturón.

Observo a Padrig a través de los arbustos. Tenía la cofia ladeada, el cuello del vestido todavía sin abrochar y las mejillas ardiendo. Que la dulce Virgen María la salvara. ¿De verdad había visto desnudo a aquel hombre? ¿De verdad la había estrechado entre sus brazos, había sentido su piel contra aquel cuerpo musculoso?

Aunque hizo varias respiraciones para tranquilizarse, el corazón le latía con fuerza. No sabía si por la emoción o por la vergüenza. Fuera por lo que fuera, no se atrevía a mirarlo a los ojos.

—No hace falta que nos esperéis —le dijo obligándose a salir de los arbustos y a infundirle a su voz una confianza que no sentía—. Ya casi hemos terminado.

—¿De veras?

Padrig estiró las manos y agarró las cintas sueltas que colgaban en la parte delantera de su vestido.

—Veo que a vuestra doncella se la he olvidado esto —dijo mirándola fijamente a los ojos y dando un suave tirón.

Alys alzó la mirada, sintiéndose al instante cautiva del brillo malicioso de sus ojos azules. Entonces exhaló un suspiro tembloroso y dio un paso adelante.

¿Se había vuelto loca? ¿Qué estaba haciendo? Su mera presencia la atraía, la dejaba sin voluntad y sin fuerzas para resistirse.

Se quedó quieta delante de él, incapaz apenas de respirar mientras Padrig le iba atando lentamente los lazos, rozándole ligeramente las costillas con los nudillos antes de ascender con delicadeza y rozarle la suave piel del cuello.

Cuando hubo terminado, sus manos se entretuvieron allí unos instantes.

¿Le temblaban o era su propio cuerpo el que se estremecía?, pensó Alys.

«Da un paso atrás, Alys. Apártate de él antes de que cometas una estupidez todavía mayor».

Las piernas se negaban a obedecer las órdenes de su mente, pero las manos… Las manos se alzaron en contra de su voluntad y se posaron encima de las de Padrig.

Las suyas eran fuertes, cálidas, duras… Completamente diferentes a las suyas. Apretando los dedos, Alys aspiró con fuerza el aire y se llenó los pulmones con su aroma.

Padrig se acercó más, su calor la rodeaba. Su mirada recorría su rostro como una caricia. Al observarlo y ver sus mejillas ligeramente sonrojadas y el contraste entre su rostro adusto y la suavidad de sus labios, Alys sintió que le hervía la sangre y que el corazón le latía con tanta fuerza que sin duda él podría escucharlo.

Alzó una mano y colocó las yemas de los dedos sobre sus labios antes de acariciarle la mandíbula. Si se inclinaba un poco más…

—Milady, ¿dónde…?

Marie surgió de entre los arbustos que había detrás de Alys y se precipitó sobre ella, arrojándola contra Padrig. El montón de ropa que la criada llevaba en brazos salió volando por todas partes.

Padrig sujetó a Alys antes de que cayera y también se las arregló para sostener a Marie.

Se quedaron mirándose durante sólo un segundo, porque luego la criada agarró a Alys del brazo y la libró de la sujeción de Padrig.

—¡Soltad a mi señora de una vez, bruto! —le espetó Marie.

Tres

Alys soltó el brazo que le sujetaba la criada y, agarrando a la mujer de la mano, la llevó de nuevo hacia los arbustos.

—Marie, ¿cómo te atreves a hablarle así a un caballero?

Le había dado la espalda a Padrig y estaba tratando de centrar la atención en la criada. El corazón le latía con fuerza y sentía el cuerpo temblando, una combinación debida a la cercanía de Padrig y al susto que le había dado Marie.

La criada palideció un instante, pero luego, mirando a Padrig por encima del hombro de su señora, puso cara decidida.

—Tal vez sea un caballero, milady, pero no tiene derecho a tocaros —aseguró negando con la cabeza y mirando primero a Padrig y

después a su señora—. Ni tampoco a miraros del modo en que lo hace.

¿Qué quería decir Marie? ¿Cómo la miraba? Vencida por la curiosidad, Alys se giró para poder mirar también a Padrig.

Sus ojos se encontraron. Los de él, azules, permanecieron tranquilos, la expresión impasible, pero a Alys no le pasó desapercibido el suave tono rosado del rostro y el cuello.

—Os pido disculpas si os he ofendido en algún sentido, lady Alys —dijo Padrig en tono formal, haciendo una reverencia antes de señalar hacia el claro donde esperaban sus hombres—. Si estáis ya preparada, debemos ponernos en marcha.

—Por supuesto —respondió ella atusándose las faldas del vestido—. Sólo tardaremos un momento.

Alys se inclinó a recoger sus cosas, que estaban desparramadas por el suelo, y le hizo un gesto a Padrig para que se fuera yendo, aunque podría haberse quedado a ayudarlas.

Los pensamientos de Alys ya eran lo bastante confusos como para encima añadir la imagen de Padrig pasándole su propia ropa interior.

Él pareció dudar un instante, pero luego asintió con la cabeza y se fue.

A pesar de sus esfuerzos por ignorarlo, Alys apretó la prenda de lino todavía húmeda con las manos y lo siguió con la mirada hasta que se reunió con los demás.

Padrig alzó la vista hacia las nubes que se estaban concentrando a toda prisa en el cielo del atardecer. Su idea era seguir hasta que cayera prácticamente la noche, momento en el que llegarían a alguno de los pueblos que había por el camino, pero al parecer tendrían que encontrar refugio antes de lo previsto.

Habían tenido mucha suerte los dos últimos días, porque el cielo se había mantenido despejado y los caminos secos. Aunque aquella mañana se habían puesto en marcha bastante más tarde de lo que él tenía planeado, habían avanzado mucho.

Lady Alys y su criada habían mantenido el ritmo de sus hombres, una inesperada sorpresa por la que Padrig estaba agradecido. Tal vez la dama estuviera deseando llegar a casa, o librarse de él, pensó con sarcasmo. En cualquier caso, bienvenido fuera. El viaje que lle-